

velad siempre sobre vos misma para no dejarle notar vuestros defectos y corregiros.

»Cuatro cualidades hacen á una mujer amable: la virtud, las palabras, el exterior y las obras. La virtud debe ser sólida, entera, constante, sin tacha. No debe tener nada de feroz, de exasperante, ni áspera, ni pueril, ni minuciosa. Que sean honestas las palabras de la mujer, afables y mesuradas; no se debe ser ni muda ni charlatana. Que no diga nada trivial ni bajo, pero que tampoco rebusque las espresiones, y no haga alarde de las más comunes. Si es bastante instruida para poder discurrir sobre las letras, que no haga ostentacion de erudicion, porque nada disgusta tanto como la mujer que á cada momento cita la historia ó los libros sagrados, los poetas y la literatura; pero es estimada, si es instruida, si no pronuncia discursos fútiles, si habla de las letras y de las ciencias con brevedad, y por pura condescendencia á aquellos que la interrogan.

»La belleza hace seguramente á una mujer amable; pero no depende de nosotros. Es, por tanto, bastante bella para su marido, cuando se tiene siempre la mirada y la voz dulce, el vestido y la persona limpia, el peinado escogido y bien dispuesto, las palabras y modales honestos.

»Que la mujer no debe ejecutar sino acciones ordenadas y decentes para la satisfaccion de su marido y el buen ejemplo de sus hijos y servidores. Que todo lo haga á su tiempo, sin ser, sin embargo, esclava del momento; sin precipitacion ni pereza, atenta sin inquietud, graciosa sin afectacion.

»Al pasar de la casa paterna á la de su marido, todo lo pierde, hasta su nombre: todo lo que lleva, todo lo que ella es, hasta su misma persona, se convierte en propiedad de aquel que se le dá por esposo. Todas estas virtudes deben dirigirse hácia él; no debe procurar agradar sino á él; vivo ó muerto él solo debe poseer su corazon. Por esto es por lo que el *Libro de las leyes para las mujeres*, dice: *Si una de ellas tiene un marido segun su*

corazon es para toda la vida, si le tiene en contra de su corazon, es para toda la vida. En el primer caso, es feliz, y para siempre; en el segundo, es desventurada, porque su desgracia no acabará sino con la vida.

»La que ama á su marido y es correspondida, obedece sin esfuerzo, tanto porque es su inclinacion como porque está segura de la aprobacion de aquel á quien agrada. Una absoluta obediencia á su marido, á su suegro, y á su suegra, siendo además fiel á todas sus obligaciones, es lo único que puede librar á una mujer de todo vituperio. Que la mujer en la casa sea absolutamente una sombra, un simple eco: la sombra no tiene otra sombra aparente que la que le da el cuerpo, el eco no dice sino lo que se le hace decir.

»La mujer de buen sentido y que desee vivir tranquila, empiece por hacerse superior al fastidio inseparable de su condicion, estando convencida de que haga lo que haga, siempre tendria que sufrir algo de aquellos con quienes vive. Que se persuada de que su tranquilidad en lo doméstico y su reputacion exterior dependen únicamente de la estimacion que haya sabido ganarse por parte de sus suegros y de sus cuñados; y obtenerlo es bien sencillo: Que jamás contrarie á los demás; que cuando se le contrarie tenga paciencia; que no responda á las palabras duras que le puedan dirigir; que jamás vaya con quejas á su marido; que no desapruebe nada de lo que vea ú oiga, á menos que se trate de una cosa enteramente mala; que condescienda con los deseos de los demás, en todo lo que no es contrario á la honestidad y al deber. Por malos que sean el suegro y la suegra, asi como los cuñados, conservarán estimacion á una mujer que se conduzca tan bien; ensalzarán siempre y en todas partes su virtud y su carácter. Este elogio repetido le asegurará indudablemente el corazon de su marido, la hará respetar de los parientes, estimar de todos, y citar como ejemplo á las demás mujeres.»

CAPÍTULO XXII

LOS BUDDISTAS EN LA CHINA.

Ya hemos hecho mencion al tratar de las opiniones religiosas y filosóficas del Indostan (1), de la gran reforma de Budda, quien se atrevió, para atraer á sus sectarios á un culto más puro y á una moral de igualdad, á declarar la guerra á las creencias establecidas y á la casta sacerdotal.

La gran reforma de Budda nació, pues, segun parece, seis siglos antes de J. C., en las orillas del Ganges, y las predicaciones de Budda no pasaron más allá de este rio por la parte del mediodia. Los buddistas, viéndose perseguidos, se vieron obligados á ceder Magada y Varnachi á los brahmines que eran allí preponderantes, y á estenderse fuera de la China. Entonces estableció el buddismo su centro en Kotana; propagándose desde allí á los puntos meridionales de la isla de Ceilan, se sustituyó en el curso del sexto siglo á la adoracion de Siva y Visnú: penetró después en Siam, en el Aman, en la península de Malaca, en el imperio de los birmanes. Establecióse esta religion en el Japon en 552 después de Cristo, luego en las elevadas montañas del Tibet, donde después sentó su trono; y desde los elevados páramos del Asia Central penetró hasta el imperio de Cachemira, en otro tiempo metrópoli del brahminismo, mientras que en la Sogdiana y la Bactriana, se encontró con los dioses de la Escandinavia.

Difundia así una doctrina moral entre las naciones que no conocian ninguna; y como felizmente pocos individuos se hallaban en estado de adquirir las virtudes de perfeccion necesarias al aniquilamiento de sí mismo, al menos escitó á ejercer las practicables. Las austeridades del celibato indujeron á la templanza aun á aquellos que no querian privarse de la sonrisa de un hijo; la pureza del cuerpo se convirtió en una ley; tratáronse los animales en

consideracion á la metempsicosis. De este modo no cedió á ninguna en cantidad de prosélitos, á pocas en pureza de moral (2).

(2) Los más modernos, como Keru y Desenaste, niegan que Budda haya sido un personaje histórico. Otros le suponen muerto el 370 a. C. El buddismo salió de un orden monástico indio, que practicó una moral universal, animada por la caridad, y encerrándose en el quietismo, esto es, en la libertad de las ilusiones del mundo. En éste el monaquismo es esencia hasta del principio; en el cristianismo es una manifestacion accidental del espíritu evangélico. El buddismo se encierra en el quietismo, en la negacion del sér, mientras el cristianismo tiende siempre á la venida del reino de Dios, á ser perfectos como el Padre.

Mahavero, natural del Magada, muerto entre el 330 y el 348 a. C. predicó en la India la secta Gainica, apoyándose en doctrinas y prácticas anteriores, no negando los Vedas ni el brahminismo. Sus doctrinas están muy difundidas en la India inglesa, y ayudaron bastante á la civilizacion del pais, especialmente con servirse de la lengua vulgar. Tiene una cronologia completa y una rica literatura sacerdotal y seglar.

Por el contrario, el buddismo fué arrojado fuera de la península, porque rechazaba las castas y el sacerdocio; en el Tibet, en el Japon y en otras partes nombró un sumo sacerdote, que, sin embargo, no es vicario de Dios, sino Dios encarnacion.

En estos últimos años han estado al frente del movimiento religioso de la India Ramoun Roy, Keshal, Kunder Seu, Dayanunda Sarasrate.

A. BARTH, *La religion de la India*. 1879.

M. SENARTH, *La leyenda de Budda, su carácter y sus orígenes*. 1882.

H. KERN, *Der Buddhismus und seine Geschichte in Indien*. 1882.

E. ARNOULD, *The Leight of Asia, being the life and teaching of Garlama*. 1885, 22 edicion.

L. LEBLOIS, *Las biblias y los iniciadores religiosos de la humanidad*. 1885.

Actas del Instituto veneciano. 1884, cuaderno 1.º.

(1) Lib. II, cap. 13 y 15.

Desde el año 390, antes de J. C., habían penetrado en la China algunos libros budistas, donde se traducían; pero solo sesenta y cuatro años antes de J. C. (3), el emperador Ming-ti, de la dinastía de los Han, vió en sueños un hombre de color de oro, de muy elevada estatura y resplandecientes el cuello y cabeza. Habiendo tenido consejo con sus ministros sobre esta extraña vision, uno de ellos le dijo: que se encontraba á Occidente un sér sobrenatural llamado Fo, cuya estátua, de color de oro, tenia seis piés de altura. Recordó entonces el emperador aquellas palabras de Confucio: *El santo será encontrado en Occidente*; envió, pues, embajadores á la India para adquirir noticias del sér misterioso que habia visto, de sus leyes y de su doctrina, y con encargo de traerle alguna efigie suya. Fastidiados éstos de tan larga peregrinacion se detuvieron en una isla, y habiendo encontrado en ella un ídolo de Budda, lo llevaron á la China. Después Bodhidharma, vigésimo octavo patriarca, trasladó á China la religion de que era jefe, y murió en 491. Viendo los recién convertidos al Budda chino colocado al lado del emperador, le consideraron superior á todos los demás, como jefe natural del culto, y una encarnacion legítima de Dios (4).

Fué causa de gran escándalo para los letrados, adheridos como lo están á las cosas nacionales y á sus inmutables ritos, esta religion tomada del extranjero y que trastornaba las formas de la constitucion, es decir, lo que era á su vista su misma esencia. En lugar, pues, de examinarla y de adoptar su pureza, su tenacidad de eruditos hizo desaprobarla, porque no habia sido conocida de sus padres, y emplearon todo su poder en separar de ella á los reyes. No obstante encontró acogida tanto entre los grandes, como entre el vulgo, el cual fué tal vez menos seducido por las verdades que enseñaba que por su cortejo de supersticiones. En efecto, así como la filosofía de Lao-seu, habia descendido á las groseras promesas de los tao-sse, la religion de Fo se convirtió en China en un medio de lucro. Sus sacerdotes, llamados *bonzos*, afectan gran austeridad de vida y costumbres, para expiar sus pecados y los de los demás. Unos de ellos caminan con grandes cadenas al cuello y en las piernas, otros se golpean con enormes piedras; hay algunos que se hacen conducir en cofres cerrados erizados de clavos, donde apenas encuentra espacio su cuerpo; y como pretenden tener gran poder sobre las enfermedades, leer en el porvenir, y sobre todo conocer las futuras emigraciones de las almas, una crédula devocion los colma de riquezas.

Predican los cinco preceptos negativos. No matar á ningun sér viviente, no tomar los bienes de otro, no mancharse con impurezas, no mentir, no beber vino. Recomiendan además las obras de misericordia, sobre todo construir templos y monas-

(3) Es decir, el séptimo año del reinado de Ming-ti.
(4) Véase tomo I, págs. 200 y 201.

terios, alimentar bien á los bonzos é invocar á F6, así como á Amida, su compañero. Aquel dios se encuentra representado bajo diferentes formas, sobre todo bajo la figura de un dragon, ó tambien de un hombre agachado con un enorme vientre, semejante á los que en el dia la moda hace venir de China, para bambolearse en las mesas entre elegantes inutilidades. Pero si las oraciones y los votos no le hacen conseguir su objeto, el toseo chino rompe su ídolo; á veces intenta un proceso contra la inepta divinidad. Refiérese, en efecto, que no habiendo sido oido un padre en su esperanza de curacion de una hija, acusó al Dios de ser impotente ó embustero. En vano trataron de calmarle los bonzos; hizo seguir el proceso hasta que hubo obtenido el destierro del ídolo y el castigo de sus ministros (5).

Adaptase el buddismo á los diferentes caracteres de los pueblos á que se acerca: severo y riguroso en el Tibet y en el Japon; degradado en la Mongolia, en Siam y en el Indostan, donde desenvuelve sentimientos de piedad, de paz, de paciencia y de resignacion indolente. Los talapuinicos, sin aspirar á dominar, se contentan con limosnas para la absolucion de los pecados.

Resintiéronse de tanta mansedumbre los pueblos entre los cuales se estendió. Antes de Atila, la pena de muerte estaba abolida entre los bárbaros que habitaban el actual territorial de los Afganes. A los juicios de Dios, en los cuales los indios manejaban hierros candentes ó pasaban por encima del fuego en testimonio de la verdad, se sustituyó la prueba de un medicamento que debia ser saludable al inocente, y causar una enfermedad al culpable. Quería un rey bárbaro establecer el dogma del infierno en sus Estados; pero un mendigo budista le venció y destruyó esta creencia. Sin embargo, el buddismo enseña que hay dos infiernos, cada uno tiene sus diez y seis abismos; los tormentos son allí más exquisitos que aquellos que las creencias de la Edad Media han proporcionado á Dante sombríos colores, y al fin de los cuales el alma vuelve á emprender el curso de sus emigraciones.

Viaje budista.—Debemos el conocimiento de estos últimos datos á la relacion de un viaje hecho en el siglo v por el chino Fo-hian, adorador de Fo á los países extranjeros á donde el buddismo habia estendido sus ramificaciones. Le habia emprendido con intencion de recoger los libros sagrados de aquella religion, acercándose á su origen; de venerar los lugares ilustrados por leyendas ó reliquias; de visitar los monasterios *de la pequeña y de la grande traslacion*.

Así como Benjamin de Tudela no vé en todo el mundo más que á judíos, Fo-hian no vé ó no busca sino budistas. Poniéndose en camino el año 499, con muchos peregrinos de la China Septentrional,

(5) LE COMTE, t. II, 113.

atravesaba el *rio de arena*, es decir, el gran desierto de la Tartaria; después, volviendo al Mediodía, y dirigiéndose siempre al Occidente, pasa la cadena central, casi al Norte de Cachemira, cruza el Indo, entra en el Afganistan y en la Persia, vuelve hacia la India, que corta de occidente á oriente; sigue el Ganges hasta su embocadura, se embarca para Ceilan, y vuelve á su patria tocando en Java. De esta manera habia recorrido 126 grados, que hacen seis mil cuatrocientas veinte y seis millas en aquella altura, en diez y seis años y casi siempre á pié. De sus compañeros unos murieron, otros se detuvieron en los monasterios indios; y Fo-hian volvió solo á propagar la doctrina á su país. «Desde que Fo-hian, escribe, habia dejado la tierra de Han (la China), se habian pasado muchos años; las personas con quienes tenia que avenirse eran todas extranjeras; las montañas, los ríos, los árboles, todo lo que se ofrecía á su vista era nuevo para él: sus compañeros ó habian muerto ó estaban dispersos ó presos. Pensando en lo pasado, su corazón estaba henchido de pensamientos y tristeza. De repente cerca de una imágen de Ta-do (ídolo buddico), vió á un hombre que le tributaba el homenaje de un abanico blanco del país de Tsin; esto le causó tal emocion, que saltaron las lágrimas de sus ojos.» En una tempestad urden los bracmines abandonarlo en una isla, como causa de la tormenta; en otra, solo el temor que experimenta, es el que los marineros quieren echar al agua las imágenes sagradas y los libros sanscritos que ha recogido ó copiado con tanto trabajo; después, llegado al término de sus oscuros peligros, exclama: «Al recuerdo de todo lo que he sufrido, mi corazón se conmueve; pero no por los sudores que he derramado en los peligros; este cuerpo fué sostenido por los sentimientos que me animaban; mi propósito me hizo exponer la vida en países donde hay continuo peligro, para conseguir á cualquier precio el complemento de mis esperanzas.»

Este viaje nos enseña cuanta estension habia tomado el buddismo. Ya se habia establecido en la orilla derecha del Indo, en el Kafristan, donde empezó á declinar cada vez más, hasta que fué suplantado por el islamismo. Florecia en lo interior de la India Central, aunque terribles persecuciones le hubiesen desterrado de las comarcas meridionales, pero tambien decayó allí más tarde. La doctrina de los tao-sse, que dominó en el Tibet hasta el momento en que el buddismo prevaleció, habia ya penetrado en el país del Ganges (6). Por todas

(6) Aunque esto no sea de su plan, nos proporciona Fo-hian algunas noticias históricas, recordando que el año 97 de Cristo, un conquistador chino envió á Kan-yng, á las orillas del mar Caspio, para que fuese á someter un reino de Fu-lin, cuya fama habia llegado hasta la celeste corte, y que era el imperio romano. Nos manifiesta tambien á los yue-ti (getas) haciendo la guerra á poblaciones que habitaban las orillas del Indo, para robarles el vaso de oro de Budda.

partes manifiesta Fo-hian la influencia benéfica de aquella religion. En Magada, cada uno de los delegados de los jefes del reino han establecido «casas de medicamentos, de felicidad y de virtud, donde los pobres, los huérfanos, los tullidos y todos los enfermos de las provincias encuentran médicos, de comer y beber segun sus necesidades, y remedios. Todo contribuye á consolarlos, y los que se curan se van á sus casas.»

Los mendigos abundan en los monasterios. Al principio las mujeres no eran admitidas á la vida religiosa; después se les permitió, sometiéndolas enteramente á los monjes é imponiéndoles iguales austeridades y aun más penosas. «Que los alimentos recogidos de limosna se dividan en tres partes: que el mendigo dé una al que vea padecer de hambre, y que lleve otra á un paraje desierto y tranquilo, y la ponga sobre una piedra para las aves y los animales.

En aquellos conventos se emplea el dia y la noche en rezar rosarios y tocar las campanas. Cada uno de ellos tiene reliquias de Budda, de las cuales la más singular es su sombra. A veces en lugar de recitar las oraciones prescritas, se hace dar vueltas á una rueda, en la cual están atadas, consistiendo su mérito en el movimiento. Aun en algunos parajes, estas ruedas dan vueltas solas por medio de un contrapeso, verdadero modo de rezar por máquina.

En el país de Kie-cha, la naturaleza es del todo obediente á las necesidades de los monjes, y el tiempo se echa á perder y enfria en cuanto acaban de encerrar sus cosechas; así es que el rey hace de manera que no acaben su provision del año sino cuando los granos de toda la comarca están maduros y en seguridad. En otra parte dice: Cuando los reyes budistas de la India tributan homenaje á los monjes, se despojan de la tiara tanto ellos como los príncipes de sus familias; los oficiales ofrecen con sus propias manos los alimentos á los piadosos reclusos, y después de habérselos presentado, estienden una alfombra por el suelo, se guardan de colocarse en un sitio en frente de ellos, y no se atreverian á sentarse en una cama en su presencia. Los reyes, los grandes, los jefes de familia, han construido capillas para los religiosos; les han proporcionado provisiones y campos, huertos, jardines con labradores y animales para cultivarlos. El acta de aquellas donaciones, se ha grabado en hierro, y ningun príncipe osaría violarla en lo más mínimo.

Esta es otra de las muchas analogías que hemos señalado entre el buddismo y el cristianismo (7) que tienen tantas relaciones en su origen, y son tan diferentes en la esencia, inclinándose el primero al panteísmo y el segundo al teísmo. El cristianismo es una religion de libertad, de amor, de accion; al paso que el buddismo adora á un dios

(7) Véase t. I, pág. 193.

sometido á una ley fatal, en cuya unidad tenebrosa se encuentran confundidos el bien y el mal, la sabiduría y la perversidad. Siendo la primera de las virtudes en el buddismo la inacción del talento, todas las demás le están subordinadas, y el objeto supremo es llegar al éxtasis, al vacío, al anonadamiento.

Floreció el buddismo en China bajo el poder de los yuan, y de nuevo bajo el de los manchues, reinantes en el día. En 1779 Kien-lung escribía al gran lama, que le consideraba como el jefe y el más santo de todos los que consagraban su vida al servicio del Todopoderoso, y que su único deseo

era ser contado entre sus discípulos. Pedíale, en consecuencia de edad, como era de setenta años, el favor de poder contemplarle antes de morir, y de orar en su compañía. Dignose su santidad acceder á los deseos del emperador, pero llegado que hubo el gran lama á la corte celeste, murió allí de viruelas.

También el presente emperador de la China deseó ver al gran lama; y también éste, apenas hubo llegado, murió. Sus creyentes habían tenido la precaución de hacerle designar á su sucesor, niño arrancado de en medio de sus juegos para someterle á aquellos penosísimos honores.

CAPÍTULO XXII

DINASTIAS VII, VIII, IX, X, XI, XII Y XIII.—265-907.

VII dinastía.—Habiendo sido depuesto por Song-chao el último de los Hu orientales, Zu-wu-ti, hijo de este último, comenzó la dinastía de los Tsin. Después de encarnizadas luchas, destruyó á sus rivales y á los tártaros sus aliados. También sometió á Nankin y al reino de Hu, volviendo la unidad al imperio, que comprendía entonces quinientas veinte y tres ciudades ó aldeas, defendidas por doscientos treinta mil guerreros.

Cinco mil actrices, destinadas al recreo del palacio de Hu, corrompieron enteramente á Zu-wu-ti, de suerte que no pensó más que en vivir en indolente deleite. Hacíase llevar en un carro ligero, á través de inmensos parques, por carneros enseñados al efecto, y bajaba donde se paraban para cenar allí al lado de una de aquellas mujeres, que á porfía le servían golosinas, y procuraban detener los carneros á su puerta dándoles las yerbas que más les agradaban. En medio de estas bajas diversiones, dejó que se encendiesen de nuevo las guerras, y no hubo un momento de descanso en todo el curso de su largo reinado y en el de su inepto hijo Oei-ti (290). Dícese, que perecieron en las discordias civiles cien mil chinos, que los pequeños príncipes se aprovecharon de ello para cobrar valor, y los enemigos para emprender sus incursiones. Lieu-yuan, uno de los jefes de los yung-nu, después de haber servido en empleos de gerarquía á los emperadores de Tsin, pensó en hacerse independiente, y tal vez en restablecer á la familia de los Hu, de la que pretendía descender por línea materna. Habiéndose dedicado á civilizar á sus súbditos y á establecer leyes y penas, obtuvo el mando de cinco hordas de los yung-nu, con las cuales se dirigió contra la China, de la que se hizo proclamar emperador; degradando á los emperadores de Tsin hasta el punto de hacer que le sirviesen de coperos á la mesa. Entregóse entonces

á las mayores crueldades, y ¡desgraciado de aquel que se hubiese atrevido á dirigirle amonestaciones! No obstante esto, presentáronse una vez los ministros, haciendo llevar sus ataúdes á la puerta del palacio, y le manifestaron que merecía el título de tirano. Les escuchó y los recompensó; pero no cambió en nada su modo de obrar.

Los grandes del reino juraron, bebiendo sangre reunir sus fuerzas para sostener la familia imperial. Después de la muerte de Lieu-yuan, su hijo Lieu-tsan fué asesinado por su ministro, quien habiendo violado é incendiado los cadáveres de sus predecesores (317), proclamó á Yuen-ti, vástago de los Tsin. Como este príncipe trasfirió la silla del imperio á Nankin, designáronse los miembros de la familia bajo el nombre de Tsin orientales.

No obstante esto, no se restableció la tranquilidad. El hijo de Lieu-tsan, que dió á su dinastía el nombre de Chao, continuó la guerra contra los Tsin, secundado por el valor de Chi-le, intrépido jefe de los yung-nu; pero recompensado este guerrero con ultrajes, pensó en emplear su espada en interés propio. Habiendo, pues, derrotado á Lieu-tsan, sustituyó su familia á la de Chao; dominó treinta y tres años en el nordeste de la China, hasta que fué derribado por los Vei. Narran que el príncipe de Chao construyó en Ye un palacio de una inesplicable suntuosidad; las paredes eran de finos mármoles; los suelos, dados de espléndidos barnices; las campanillas colgadas enrededor de las cornisas, eran de oro; las columnas de plata, las mamparas de perlas. Cuando aquel edificio, en el cual trabajaron los más hábiles artistas, se acabó, el príncipe colocó allí hermosas doncellas que había elegido en las familias de los mandarines, y también entre el pueblo. Mil de ellas, cabalgando en caballos magníficamente enjaezados, formaban su guardia y le acompañaban en sus viajes. Estaba